

LAS HUMANIDADES Y EL HUMANISMO DEL FUTURO

Asdrúbal Marín Murillo: Magíster, tutor en la Cátedra de Filosofía de la Universidad Estatal a Distancia y profesor en la Sección de Filosofía y Pensamiento de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica (asmarinm@gmail.com).

Resumen

El presente ensayo es una reflexión en torno al humanismo. En él se hace mención, en la parte introductoria, al aporte de las humanidades a la sociedad costarricense. Sobre todo el importante papel que ha jugado la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Asimismo, una síntesis general del humanismo occidental y de cómo, a lo largo de la historia, el mismo ha ido de la mano con el desarrollo de la ciencia, de la tecnología y de otros saberes propios del desarrollo científico. Se señala en el mismo que a pesar de tanto avance, las sociedades humanas no han encontrado su verdadero norte. Lo cual nos ha llevado a preguntarnos a que se debe ese vacío en el campo de las humanidades. Se cierra el ensayo haciendo referencia a un nuevo humanismo, cómo llevarlo a cabo y de la responsabilidad y compromiso que debemos tener quienes nos dedicamos a educar en humanidades.

Palabras Clave: Humanismo, Humanidades, Educación, Docente, Futuro, Sociedad.

Abstract

This is an essay on humanism, in which the contribution of humanities to costarrican society is analyzed, especially the role that the School of General Studies of the University of Costa Rica has played in this context. A general synthesis of the humanist tradition is presented, and also, the historical links between western humanism and the development of science, technology and other forms of knowledge. The author emphasizes the fact that, despite the scientific progress, human societies are not finding their cultural goal. So, the role of humanities is questioned, and asks for a new way of humanism for a new era.

Keywords: Humanism, Humanities, Education, Teacher, Future, Society.

“Si haces planes para un año, siembra arroz.
Si lo haces para dos lustros, planta árboles.
Si lo haces para toda la vida, educa a una persona”

Proverbio chino

A. INTRODUCCIÓN

En el 2007 se celebraron los cincuenta años de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Nadie puede negar que estos cincuenta años, 53 años ahora en el 2010, han sido fructíferos en el campo de las humanidades: formación cualitativa, crecimiento humano, desarrollo de valores, sentido de la vida, acercamiento a los más altos principios y objetivos propios de la persona humana, compromiso social, solidaridad con el que menos tiene, alteridad, conocimiento. Tal ha sido el aporte de la Escuela de Estudios Generales a la sociedad costarricense que a lo largo de estos cincuenta años ha recibido el ataque de detractores y enemigos que han intentado socavarla y derrumbarla en aras de una visión de mundo y de una concepción de sociedad y de Ser humano materialista, consumista y lucrativo. Visión de mundo que no escatima esfuerzos en cosificar y aprovecharse de la persona humana.

La lucha ha sido, es y será dura. En una sociedad capitalista de mercado, en donde todo lo humano es visto como producto que se compra y se vende, nuestra juventud llega a las aulas con grandes carencias. La frustración, la inseguridad, el temor, la desidia, la falta de criticidad, el desinterés, el desestímulo, la desmotivación, el “porta mí”, el “me resbala”, la insensibilidad y la falta de solidaridad y compromiso, son vacíos antropológicos y sociales que han arropado muchas de nuestras prácticas y se expresan en una gran cantidad de nuestras y nuestros jóvenes. Luchar contra eso fue la constante durante estos cincuenta años de la Escuela de Estudios Generales. Fuera de las aulas la competencia es salvaje y desleal. En nombre de un falso progreso y desarrollo se invisibilizan, se desmiembran, se denigran y se mercadean los valores humanos.

A pesar de todo, el esfuerzo y el sacrificio llevados a cabo durante estos cincuenta años no han sido en vano. Poco a poco se comienza a ver y a sentir en la sociedad costarricense un espíritu más crítico, más humano y más comprometido con los que menos tienen. La famosa frase popular de que “el pueblo ya no come cuento”, en gran parte se ha gestado gracias a la lucha por las humanidades. A quienes nos ha correspondido compartir nuestra vida con las y los jóvenes nos damos cuenta que una inmensa mayoría de ellos y de ellas saben discernir la diferencia entre el humanismo y la barbarie. Desgraciadamente este discernimiento se diluye y se pervierte cuando se viaja a otros ámbitos de la realidad. El lucro, la ganancia, la acumulación, el individualismo, el egoísmo y el consumismo salvaje imponen su deshumanización por encima de la sensibilidad, la solidaridad, el respeto, la ética y la moral. Esta situación, y la entrada a una sociedad económicamente globalizada y cibernética, en donde los valores y los principios humanos son

brutalmente socavados, nos llevan a reflexionar acerca de una nueva forma de enfocar las humanidades. A lo mejor hacia un nuevo humanismo. Es necesario considerar si hace falta una nueva forma de plantear las humanidades. Esto es. Sobre la base del humanismo académico tradicional, levantar los cimientos de unas nuevas humanidades que se fortalezcan a partir de las difíciles condiciones sociales en las cuales sobreviven millones de seres humanos en el mundo. En la era de la cibernética, de las imágenes y de la globalización, tenemos que buscar métodos, técnicas, estrategias y mecanismos que contrarresten el embate deshumanizante de las “sociedades de nuestro tiempo”, tal y como lo decía el filósofo español Ortega y Gasset.

B. ALGUNOS APORTES AL HUMANISMO

El humanismo, en sentido general, lo debemos entender como una concepción de ser humano, de sociedad, de mundo y una determinada forma de ser y de actuar como personas en sociedad. Concepción y expresión que se hace manifiesta en nuestra relación con los y las demás. Consiste en tener identidad particular que nos identifica como humanidad y que nos hace diferentes al resto de seres que cohabitan con nosotros en la sociedad y en la naturaleza. Pero que esa diferencia no nos hace superior a esos seres.

Tenemos que reconocer, eso sí, que todas estas características de nuestra naturaleza específica, y que son las que nos diferencian del resto de los seres y de las cosas, no vienen con nosotros al nacer, se adquieren, refuerzan y perfeccionan con la educación que recibimos y que por esa misma razón están en constante modificación conforme cambian las circunstancias y las exigencias del medio en el cual se desenvuelve la persona. Respecto a este “no nacer persona, no nacer ser humano”, el autor José María Barrio nos dice:

“El hombre necesita aprender a ser lo que es porque la biología no se lo da resuelto, como a los demás animales...El hombre necesita aprender a ser lo que es...porque puede acabar ‘siendo’, en su actuación, en su comportamiento, justamente lo que no es” (Barrio, 1998: 31-32).

¿Y qué es lo que justamente “no es” el ser humano? Lo que justamente “no es” el ser humano es ser un animal salvaje. Muchas veces nuestra actuación, nuestro comportamiento no es la de una persona racional sino la de un ser irracional, que en vez de guiar sus acciones por la educación, lo hace siguiendo el poder de sus instintos.

El término “humanismo” está ligado a la historia, a la cultura y a la política. Eso lo hace, y lo ha hecho, desdichadamente, un concepto muy relativo y volátil. Influenciado por la política, la cultura, la economía, la ideología, entre otros aspectos, el humanismo ha sido utilizado y tergiversado siguiendo múltiples intereses. Su concepción, explicación e interpretación se ha relativizado y generalizado a lo largo de los siglos. Aquí nos trataremos de acercarnos a él haciendo referencia al “humanismo” conceptualizado por Ibáñez que empieza

“desde la indiferenciación primitiva del hombre con la naturaleza, hasta la exacerbada lucidez y conciencia de sí del hombre contemporáneo” (Ibáñez, 1978: 61).

Este mismo autor nos dice que el humanismo tradicional parte del mundo primitivo, cuando la persona era una y la misma cosa con la naturaleza y el mundo animal y vegetal, con una conciencia que le hacía pertenecer a todos los ámbitos de la vida y con una concepción animista del mundo. Este humanismo tradicional pasa por el pensamiento griego, cuya discusión brota de la filosofía socrática, continuando luego por los sistemas de Platón, Aristóteles, los estoicos y epicúreos. El pensamiento cristiano aportó al humanismo el respeto por la persona, la libertad de decisión, la igualdad, la justicia, la solidaridad, el amor y la exaltación de la figura humana en relación con el resto de seres de la naturaleza. En esta misma línea el Renacimiento resaltó significativamente la revaloración del ser humano como tal –el de carne y hueso– frente a los poderes trascendentales de la Iglesia y el Señor Feudal. El paso al Renacimiento da cabida a una nueva forma de concebir la naturaleza humana. El incipiente desarrollo de la ciencia, del arte, de las letras y la incorporación del aporte de la antigüedad clásica, entre ellas la capacidad racional humana, hacen posible que se le reconozca como arquitecto de su propio destino. Ya su poder no se asienta en la fe, en la revelación o en la creencia, el ser humano está dotado, por naturaleza, de las destrezas y habilidades suficientes para exaltarse a sí mismo. El supuesto de que la tierra es el centro del universo es cuestionado a fondo por la física de Galileo y Kepler, la revolución copernicana y el sistema heliocéntrico. Pero será Descartes, filósofo francés de la primera mitad del siglo XVII y padre de la filosofía moderna y el racionalismo, quien funda la capacidad creadora del hombre en el “Cogito ergo Sum” (pienso, luego existo). El ser humano supera sus propias debilidades y limitaciones y asienta en su misma esencia la capacidad de explicar el mundo: esa inteligibilidad del mundo vendrá de la propia mente humana, ahora potencia ordenadora e incluso creadora, idéntica a la razón divina que predominaba en la Edad Media.

No se detendrá ahí ese constante devenir de la naturaleza humana. Fundamento y razón del humanismo. A partir del siglo XVIII las nuevas ciencias biológicas y sociales provocan un nuevo desafío al espíritu humano imprimiéndole nuevos rumbos. Ahora la naturaleza humana se interpreta como simple función psicofísica. Como un caso particular de las formas orgánicas de la naturaleza. El ser humano, más que Homo Sapiens es Homo Faber, un simple animal con una organización más compleja. Anteriormente el ser humano se fundaba sobre la trascendencia de la razón por encima de la naturaleza, a partir de 1800, entre el hombre y el animal, no hay una diferencia esencial, sino de grado. En el ser humano actúan las mismas fuerzas de la naturaleza infrahumana, sólo que ahora se manifiestan de una forma más compleja y evolucionada. Todo se explica mediante causas materiales que operan a través del azar y algún principio mecánico, como la “selección natural” y la lucha por la vida. Desde esta perspectiva se puede llegar a la conclusión de que la especie humana produce cultura de la misma forma como la araña teje su tela y la abeja elabora su miel. La mente, la libertad, la religión, la moral únicamente serían fenómenos superiores, reflejos más complicados del mundo animal. La inteligencia humana se reduce a una facultad de adaptación activa que supera el mero instinto. Entre el hombre y el animal sólo existe

una diferencia de grado no de esencia. Su único fin sería la satisfacción de los mismos impulsos fundamentales de la vida inferior: Instinto de poder (Hobbes-Nietzsche); Instinto nutritivo o de la necesidad económica (Feuerbach-Marx); Instinto sexual (Freud).

La dignidad humana, en este periodo, no se asienta en la razón ni en el espíritu, se funda en algo más natural: en la capacidad del trabajo, de crear señales, instrumentos; el ser humano es un animal cerebrizado. Su dignidad supera las fantasías metafísicas o religiosas. Complementan esta visión del ser humano las corrientes existencialistas, quienes desvanecen la idea de todo principio eterno y fundante. Queda la existencia humana como libertad pura, sin naturaleza y sin fundamento.

Sin embargo, ante el influjo deshumanizador del naturalismo y de la angustia existencial, se suman el aporte positivo de otras corrientes: el espiritualismo y el personalismo. Ellas estiman que el hombre no se puede reducir a la naturaleza o a la corporeidad. Enfatizan en el hombre la dignidad ética, su vocación moral y religiosa, desarrollan una doctrina de las relaciones interpersonales y del amor. (Ibáñez, 1978: 61-116)

Según lo menciona el escritor y ensayista francés Jean-claude Guillebaud, en el siglo XX, con los descubrimientos de la paleo antropología y, posteriormente, con las nuevas investigaciones en ingeniería genética y el desarrollo de la ciencia y la tecnología, el ser humano fue testigo y parte de un proceso que se desarrolló a partir de tres grandes revoluciones, En primer lugar tenemos la revolución económica global, iniciada en el siglo XIX e incrementada con la caída del Comunismo. En un segundo momento, una revolución denominada informática o digital. El triunfo de lo digital, de internet, del ciberespacio, haciendo emerger ante nuestros ojos lo que se denomina “el sexto continente”, gobernado por la inmediatez y hacia el cual emigran en un desorden temible, todas la actividades humanas. La tercera revolución es genética. Ampliamente gobernada por la antesala de la tecnología y, en lo esencial, más sometida a las leyes del mercado que a las de la bioética. Las tres revoluciones que sellan nuestro tiempo encierran la paradoja de que, sustentadas en espectaculares avances científicos y tecnológicos, acarrear, de hecho, graves regresiones históricas, puesto que son presas de una lógica financiera sin control. Tanto que socavan la cultura de los derechos humanos y ponen en cuestión la noción misma de lo humano. (Guillebaud, 2001: 2)

Fundamentando esta visión crítica de nuestra época que nos hace Guillebaud, el Dr. Ignacio Chávez dice que:

“este desajuste, llevado a veces hasta la ruptura, entre la cultura humanística y el dominio de la ciencia, se inició, primero, y se consumó después, cuando el desarrollo científico llegó a lo desmesurado y la capacidad humana se volvió insuficiente para dominarlo” (Chávez, 1977: 12)

Tan grande es la dependencia que el ser humano ha alcanzado de estas tres revoluciones que la vida humana hoy en día está determinada por ellas. Transformaciones de nuestra época que van

acompañadas por la crisis ambiental, cuyos efectos más devastadores comienzan a registrarse de manera clara durante la segunda mitad del Siglo XX. El deterioro del ambiente ha sido inherente al uso del poder político, económico, ideológico y científico. Pero es un deterioro que se observa también a nivel moral, ético, social, afectivo, psicológico y humano.

La profunda crisis actual que azota a la humanidad nos coloca ante la necesidad de ahondar en nuestra propia naturaleza antes de suponer lo que somos. La especie humana, independientemente de los rasgos que lo identifiquen o acerquen con el resto de los animales, debe interesarse por buscar ese “puesto del hombre en el cosmos”, al decir de Max Scheler, que tanta falta le hace para encontrar su propia identidad y alcanzar su plena realización.

C. LAS EDUCACIÓN HUMANISTA Y EL HUMANISMO DEL FUTURO

No es un secreto para nadie que en el campo de las humanidades muchas veces nos hemos quedado anclados en el pasado. Revoloteamos académicamente en el humanismo tradicional y nos olvidamos que los tiempos han cambiado. Por eso se hace imprescindible reflexionar acerca de ese nuevo humanismo y de las nuevas formas de humanizar que demandan los tiempos futuros. Debemos tener muy presente que el humanismo y las humanidades son construcciones histórico-sociales. Crecen y se hacen en nuestras prácticas cotidianas y en relación con las demás personas.

El concepto de nuevo humanismo y, por lo tanto, de una nueva forma de concebir las humanidades, está apenas emergiendo. Cada día está más presente en el mundo la necesidad de desarrollar una nueva conciencia, una nueva práctica ambiental y social, el fortalecimiento de la ética y la moral, el respeto por los derechos humanos, la universalización de la tolerancia y la diversidad sexual, étnica y cultural, la búsqueda del bien común, la equidad de género y la equidad social y económica, la sensibilidad por las manifestaciones artísticas, la unidad espiritual, el desarrollo de concepciones integrales del ser humano y del cosmos, un respeto y una sensibilidad especial hacia los animales, la promoción de una ciencia y una tecnología al servicio de la persona. El Dr. Ignacio Chávez nos resume lo anterior con las siguientes palabras:

“Humanismo quiere decir cultura, comprensión del hombre en sus aspiraciones y miserias; valoración de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo en la vida; fijación de las normas que rigen nuestro mundo interior; afán de superación... “. (Chávez, 1977: 19).

Es bueno y necesario hacerse aquí la siguiente pregunta ¿Ha cumplido esa misión hasta el momento lo que actualmente conocemos como humanidades? Manuel Granell, en su libro “El humanismo como responsabilidad”, parece también dudar del papel que hasta la fecha han desempeñado las humanidades:

“...las humanidades nos han ido conduciendo de hecho en nuestra ascensión cultural sobre nosotros mismos. Pero ya es hora de preguntarnos muy en serio si han cumplido, si cumplen

en nuestros días su cabal y verdadera misión. Y para ello es preciso definir previamente la auténtica misión de las humanidades” (Granell, 1959: 66).

El nuevo humanismo, o replanteamiento de las humanidades, va de la mano con una reformulación profunda del cosmos, de la naturaleza y del ser humano. Consiste en asumir una actitud crítica y transformadora de lo que se ha hecho, de lo que hacemos y de lo que debemos hacer. Delega en la educación un análisis serio y detallado de lo político, lo económico, lo social, lo ideológico, lo científico, lo técnico y, sobre todo, algo que el humanismo tradicional nunca tomó en cuenta, que es la discusión abierta y sin tapujos en torno a las relaciones de poder que históricamente han existido entre el hombre y la mujer. El papel de lo femenino nunca fue, ni ha sido, integrado dentro de un contexto humanista y humanizador. La historia de la humanidad siempre ha sido, y se ha caracterizado, por la legitimación del predominio patriarcal. La invisibilización de la mujer es indiscutible a lo largo del humanismo histórico. La razón, la espiritualidad, las ciencias, las artes, las letras, el conocimiento, la industria, la política, la ética, la conciencia y la tecnología han sido la manifestación y exaltación de lo masculino. El progreso acerca del concepto de lo humano se ha fundado a partir de lo producido por el varón, el humanismo ha sido un discurso que representa lo andro-céntrico como valor universal. La gran pregunta que debe responder ese nuevo humanismo es ¿Por qué después de 2500 años de humanismo la sociedad cada día pierde más el respeto por los seres humanos?

En los inicios del tercer milenio los grandes vacíos humanos están a la vista. Actualmente en el mundo las cifras son conmovedoras. Hasta el 2002 en el Tercer Mundo la pobreza sobrepasaba los 1,200 millones de personas, la diferencia de ingreso entre las naciones más ricas en 1960 era de 37 veces, en ese año esa diferencia se elevó a 74 veces. 826 millones de personas padecían de hambre en el mundo, habían 854 millones de analfabetos, 325 millones de niños no tenían acceso a la educación, 2000 millones de seres humanos permanecían sin medicamentos esenciales, 11 millones de niños menores de cinco años morían al año por enfermedades que pudieron ser evitadas (Castro, 2002: 17). Ampliando las afirmaciones anteriores, el escritor Ernesto Sábato nos dice que doscientos millones de niños y niñas son explotados y explotadas en el mundo. A quienes no se les asesina en los trabajos forzados, se les sacrifica para vender sus órganos o simplemente, como está sucediendo en América Central, son secuestrados y secuestradas, se les inyectan hormonas para aligerar su crecimiento y son exportados a países europeos para explotarlos y explotarlas sexualmente.

No hay duda, la realidad es clara y el reto es grande. El nuevo humanismo tiene una nueva y gran responsabilidad. Este nuevo humanismo no puede quedarse en lo académico únicamente. No debe reducirse solamente al conocimiento y discusión del aporte de los pensadores, limitarse a las reuniones en los grandes salones o a las academias universitarias, debemos superar el círculo intelectual. El nuevo humanismo y las humanidades del tercer milenio deben ir más allá de conocer y discutir las causas y las consecuencias de los problemas que aquejan a la humanidad. Debe estar fundado en el compromiso, en el deber, en la responsabilidad de todos y cada uno de los seres

humanos. El nuevo humanismo no debe tener “pelos en la lengua” para descifrar y denunciar las graves anomalías de los sistemas políticos y económicos que pervierten y degradan la condición humana. La autocensura, el servilismo y el miedo a decir las cosas como son, deben ser cosas del pasado dentro de estas nuevas humanidades.

En una coyuntura tan particular como la que estamos viviendo en América Latina, donde se habla de globalización, de neoliberalismo, de Tratados de Libre Comercio. En donde las circunstancias políticas y económicas reviven las luchas populares y líderes de izquierda como Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Hugo Chávez en Venezuela, Ignacio Lula Da Silva en Brasil, Fernando Lugo en Paraguay, Mauricio Funes en El Salvador, se convierten en la esperanza de millones de personas sumidas en la pobreza y la marginación. En nuestro caso particular, Costa Rica, donde los partidos políticos tradicionales pierden su poder hegemónico sumido en la corrupción y en el tráfico de influencias y se abre paso a nuevos partidos y a nuevas agrupaciones civiles, populares y de izquierda, estas aspiraciones utópicas, que hoy por hoy están presentes en la mayor parte de la humanidad, nos llevan a replantearnos ese nuevo humanismo.

Este nuevo humanismo debe manifestarse en la elaboración de un proyecto de humanidades que pueda llegar de la manera más profunda, pero sencilla, a la totalidad de todos los educandos. Ese nuevo humanismo y esas nuevas humanidades requieren de una actitud y aptitud diferente por parte de quienes nos dedicamos a ella. No es el alarde de conocimiento acumulado, la erudición, el intelectualismo ni el discurso vocinglero, sino el ejemplo, la palabra sincera y la práctica de ellas las que pueden traspasar las barreras de la apatía, el desinterés y la superficialidad material de muchos de nuestras y nuestros jóvenes y de la sociedad actual. Barreras que han sido transmitidas a nuestra juventud y, por qué no, a muchas y muchos de nosotros. Esas nuevas humanidades, necesarias dentro de un nuevo humanismo y bajo condiciones nacionales e internacionales tan alarmantes, las sintetiza el filósofo Fernando Sabater de la siguiente forma:

“Tampoco se remediarían nuestras deficiencias multiplicando en las aulas los elementos de apoyo audiovisuales o conectando a internet a todos los bachilleres desde su tierna infancia. Porque el elemento no sólo humanista sino humanizador por excelencia de la transmisión cultural no es el texto, ni la imagen, ni el sonido sino la palabra viva, es decir, el verbo encarnado hecho hombre (y más frecuentemente hecho mujer). No los libros, por buenos que sean, no las películas ni la telepatía mecánica (otra cosa no es la famosa “red”), sino el semejante que se ofrece cuerpo a cuerpo a la devoradora curiosidad juvenil en busca de un alma: esa es la educación humanista, la que desentraña críticamente en cada mediación escolar... lo bueno que hay en lo malo y lo malo que se oculta en lo más excelso. Porque el humanismo no se lee ni se aprende de memoria, sino que se contagia. Y mal pueden contagiar la enfermedad divina quienes no la padecen. Ahí está el verdadero problema”. (Sabater, 2001, 13).

Algo muy importante en esas nuevas humanidades lo indica Sabater en lo que hemos leído: “el semejante que se ofrece cuerpo a cuerpo...”, es decir, “el humanismo se contagia...Y mal pueden contagiar la enfermedad divina quienes no la padecen.” Desarrolla Sabater con su pensamiento lo que 2500 años atrás nos dijo el gran filósofo griego Sócrates, padre del pensamiento antropológico. Sólo por medio de la educación se les pueden transmitir los valores morales y humanísticos a las personas. Pero la educación por sí misma no lo puede lograr. Debe estar en manos de educadores con vocación. Sólo a través de mujeres y hombres conocedores de la realidad en la cual vivimos, con una “conciencia lúcida” de lo que queremos y necesitamos, con un amor profundo y un respeto muy elevado por sus semejantes, con un compromiso serio de transformación de lo malo que hay en la sociedad; sólo así podremos lograr ese nuevo humanismo que tanto urge infundir en esa “devoradora curiosidad juvenil.” El nuevo humanismo no puede prescindir del educador. Desde luego, un educador con un perfil bien definido en ese campo. Un docente que infunda en el estudiante la capacidad de llevar a la práctica aquello que lee y aquello que en él escucha. La búsqueda de ese nuevo humanismo implica también un compromiso por parte de las instituciones educativas, sobre todo las universitarias que forman educadores. Buscar, seleccionar y capacitar al docente. Pero sobre todo al personal responsable de asignaturas humanistas.

Las sociedades del futuro se clasificarán y estarán definidas a partir de ese nuevo ser humano que hoy estamos tratando de formar. Las universidades respetables no limitarán esfuerzos, por mezquinos intereses económicos y políticos, en la formación de ese “Hombre y de esa Mujer Nuevos” que sólo se podrá alcanzar con un replanteamiento total de lo que hoy entendemos por humanidades. Esa nueva concepción humanística de la educación será la responsable de infundir en los estudiantes y nuevos profesionales esa otra interpretación del cosmos, de la vida, de la sociedad, de la naturaleza, de los animales y de la mujer y del hombre. Interpretación que buscará la transformación de nuestras sociedades y la construcción de ese “otro mundo posible” que tanta falta le hace a esta humanidad.

D. CONCLUSIÓN

Las humanidades son la búsqueda, mediante la educación, de una renovación y formación de la conciencia, a través de ética, la moral, el compromiso social y revolucionario. La educación humanista es aquella que no sólo se debe quedar en lo académico o intelectual. Eso es una parte importante, claro. Pero de nada nos vale formar profesionales con un elevado bagaje de conocimientos, si carecen de una visión integral del mundo, de la vida, del ser humano, de la naturaleza y del cosmos. La educación humanista es aquella que busca una perspectiva holística en la formación humana. Quienes nos dedicamos a la docencia en las cátedras de humanidades, tenemos un compromiso muy grande con la sociedad, con el país y con las personas. Somos los llamados a cambiar la visión de mundo, de ser humano, de sociedad y de vida que mantienen nuestros jóvenes. Pero claro, no quiere decir que les inculquemos nuestra propia concepción. Las humanidades son un proceso o una construcción histórico-social que se edifican y se fortalecen a

través de la discusión transparente, sincera, honesta y clara con las y los otros y mediante el conocimiento crítico y estimulante de la realidad en la cual se vive. Se debe enseñar que el ser humano no solo se realiza con satisfacer las necesidades básicas de la vida: trabajo, alimentación, casa, familia, sino que somos seres complejos y multifacéticos. La parte material es muy importante, pero para alcanzar la plenitud de nuestra existencia debemos llenar otros ámbitos de nuestra vida. Lo físico, lo espiritual, lo psicológico, lo emocional y lo cultural se convierten en elementos que contribuyen a lograr nuestra felicidad y realización como personas. La sensibilidad hacia los demás y la solidaridad son valores que contribuyen a verme en el otro y en la otra. El dolor ajeno, sobre todo el del excluido y olvidado, son situaciones que me ayudan a conocerme y me enseñan a reconocer hasta donde llegan los alcances del espíritu humano.

Esperamos que estas breves reflexiones nos ayuden a todos y a todas a ser cada vez mejor profesionales en el campo de las humanidades. No digamos que perfectos, porque como seres humanos somos seres finitos e imperfectos, pero la perfección es un camino inacabable que recorreremos con mayor facilidad si cuando tropezamos nos levantamos con humildad, reconocemos nuestros errores y nos proponemos mejorar siempre. Ese es el camino de las humanidades.

REFERENCIAS

- Barrio, José María. (1998). *Elementos de Antropología Pedagógica*. Madrid: Ediciones RIALP, S.A.
- Cañas Quirós, Roberto. (2000). Las Fuentes Humanistas en la Filosofía Presocrática. *Revista Espiga*. Año I Número 1. Enero-junio, 2000. Costa Rica: EUNED
- Cañas Quirós, Roberto. (2001). El Humanismo del Cristianismo Primitivo, La Patrística y la Edad Media. *Revista Espiga*. Año II Número 3. Enero-junio, 2001. Costa Rica: EUNED.
- Carbonell, Eudald y Robert Sala. (2002). *Aún no somos humanos. Propuestas de humanización para el tercer milenio*. Barcelona: Ediciones Península.
- Castro, Fidel. (2002) *Semanario Universidad*. 5/4/2002. pág.17
- Chauchard, P. (1962) *El Humanismo y la ciencia*. Madrid: Editorial Razón y Fe, S.A.
- Chávez, Ignacio. (1977). *El Humanismo Frente al Auge de la Ciencia y la tecnología: Reto de nuestro Tiempo*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- García Morente, Manuel. (1938). *El Cultivo de las Humanidades*. Universidad Nacional del Litoral.
- Granell, Manuel. (1959) *El humanismo como responsabilidad*. Madrid: Taurus.

Guillebaud, Jean-Claude. *¿El Humanismo en Vías de Extinción?* Le Monde Diplomatique. Septiembre 2001.

Ibáñez Langlois, José Miguel. (1980). *Introducción a la Antropología Filosófica*. España: EUNSA.

Savater, Fernando. *¿Educar o Domesticar?* El País, España: jueves 5 de abril de 2001.

